

## Implosión

El puño cae en picada y se encuentra con su mejilla.

(Siempre se encuentra con su mejilla).

Todos los días vuelve a su casa con el ánimo rozándole los talones porque, francamente, su trabajo es una mierda. Lo tratan como a un perro y escucha órdenes y gritos y la voz del encargado Ricardo diciéndole al jefe *lo que pasa es que este es un inútil, señor* para después caminar veinte cuadras bajo agua que se le mete en los zapatos, cansado, hasta llegar a la casa llena de sombras –porque la casa siempre está llena de sombras. En los rincones, en la mirada del nene, en las manos de María- y la cena no está servida porque ella no cocinó la carne que nunca ha estado en la heladera.

Y sin darse cuenta de sus labios termina escapándose el *inútil* exactamente igual al del encargado Ricardo.

Y el puño cae, cae de vuelta. Puede ver por los ojos destilados que en los de María llueve, las gotas resbalando a ambos lados de su cara mientras sigue lloviendo.

Y después él le da la espalda, empina el vino y traga.

Y María llora en la cocina que se cierra suavemente, bien suavemente. Lo deja en paz porque ella sabe que en el trabajo lo tratan como a un perro, que hay meses en que no les alcanza la plata, que el encargado Ricardo es una mierda – como su trabajo – y lo putea aunque él no tenga la culpa. *No tiene la culpa.*

Pero también sabe que a ella le duele el cuerpo y la cara y algo más en el fondo, como una mano que le estruja eso que ahora apenas late. Y dice basta. Basta porque está harta de él y de ella y de Tomás asomándose con sus pequeños ojos de siete años por la ranura de la puerta.

Y de repente quiere abrir el piso de la cocina y esconderse – agarrar la cuchilla – y terminar el suplicio. *¿Y será mi culpa, entonces?* Dice y sigue llorando en el suelo de baldosas.

Puede escuchar a Pedro también llorando mientras toma del pico en frente al televisor que tiene mala señal y nunca sintoniza bien ningún canal (y hay que llamar al técnico para la semana que viene). Y puede imaginarse a Tomás, en su cuarto, llorando como ella y como él porque todos los días son iguales, la misma escena, el mismo desenlace.

Llega de la escuela y mamá siempre vuelve más tarde del trabajo para luego dedicarse a ordenar todo el desastre que él deja – aunque no es su culpa porque estaba aburrido y la casa estaba llena de sombras – y entonces papá abre la puerta y grita y tiene un olor fuerte que le perfora el equilibrio apenas se acerca y por eso se aleja.

Y cuando dice *inútil*, con un tono oscuro y bajo que le sale desde el fondo de la garganta, Tomás sabe que terminará encerrado en su cuarto cuando él se acerca a mamá mientras a ella le resbalan lágrimas de los ojos tristes –siempre tiene los ojos tristes y a papá no le importa. Y como en esas películas que a veces pasan los domingos a la tarde, después de un tiempo él se le va a acercar y pedirle perdón, y le va a decir que la ama y que no se va a volver a repetir.

Aunque siempre se repite. La misma escena, el mismo desenlace.

Pero esta noche Tomás escucha un ruido que le encoge el estómago – como un plato que se estrella contra la pared, pie que aplasta un caracol y se escucha la viscosidad del caparazón contra la vereda. O algo más profundo o más hueco, como cuando el carnicero corta la carne los domingos.

Y después siente sollozos y puertas que se cierran hasta que mamá entra al cuarto y empieza a sacar todas sus cosas del placard para meterlas en una valija, le da la mano y salen de la casa tan oscura y tan llena de sombras como siempre. Ya en la calle, le pregunta *¿y papá?* y mamá le responde apretándose la bufanda contra el cuello:

–Explotó, Tomás. Papá explotó.

Y en sus ojos ya no llueve.

–

*Nombre: Yamile Ferreira Teixeira*  
*C.I.: 5.404.119-1*  
*Fecha de nacimiento: 30 de agosto de 1993*  
*Teléfono: 924 40 91*  
*Liceo: Sagrada Familia*  
*Correo electrónico: todoplateado@hotmail.com*